

No; no amé a ninguna mujer que no fuera ese cometa-mujer.

No pude haber amado a Clara Petrona Zabala y Delgadillo. Si por un instante ocupó el lugar de mi Dulcinea celeste, lo fue sólo por un instante.

En todo caso formaba una sola persona con Clara Petrona su madre, doña Josefa Fabiana. La hija, sombra crepuscular de esa mujer, a quien yo di, no los porteños, el nombre de Estrella del Norte. Mas este nombre corresponde en verdad a un astro de mi cosmos secreto que yo mismo no conozco.

El corazón crece por todos lados cuando ama. Aquel que ama a una persona a causa de su belleza ¿amas a la persona? No; porque la viruela que mata la belleza sin matar a la persona haría que él la dejara de amar. No se ama a las personas. Se aman sus cualidades. Las de Clara Petrona, con ser casi insuperables, eran inferiores a las de su madre; las de ésta no igualaban a la Estrella del Norte, mi deidad celeste.

De niño la llamaba Leontina. Acaso por los sonidos luminosos que sentía encenderse dentro de mí al pronunciar ese nombre hurtado a las confidencias del aya. En ese nombre se formó la historia de esa niña rubia. Su nombre. Ese nombre en que se combinaban las luces de una girándula. La fuerza. La fragilidad. El sonido sin sexo, sólo audible para mí en la femineidad suma.

¡Ah Estrella del Norte! El corazón desbordado te seguía por todas partes. Sobre todo por las noches. Aventura-perro. Aventura-león. ¿Esperaba encontrar en ella lo inesperado? Siguiendo el camino, me prevenía el aya, no te vayas a meter en un cántaro.

Yo cerraba los ojos en la obscuridad. Murmuraba el nombre. La veía brillar bajo los párpados. Por aquel tiempo ella era también una niña. Yo sentía ya entonces que sólo a ella podría amar. Sus rubios cabellos caían más abajo de su cintura, sobre la túnica de aó-poí, ceñida con un cingulo

de esparto. Su cabellera de cometa no alumbraba aún las manchas negras de la Cruz del Sur, entre las tres Canopes de que habla Américo Vespuccio en la Relación de su Tercer Viaje. Más la primera descripción de las manchas negras, de los Sacos de Carbón, la encontré mucho después en el De Rebus Oceanisis, de Pedro Mártir de Anglería.

Antes me acostaba de espaldas en el pasto, buscando a la Estrella del Norte, entre las constelaciones de las Osas. A mis espaldas, mi nodriza cubierta de llagas traía a Heráchito de la mano. Se reían de mí. La encontrarás en el cántaro, se burlaba roncamente la una. La mujer sale de lo húmedo, decía el otro. Búscala en la ley de las estaciones; allí donde el número siete se junta con la luna.

El corazón mezcla amores. Todo cabe en ese redondo universo. Pequeño cerebro que late como si pensara.

Muchos otros amoríos tomaron en mi vida la forma de la Estrella del Norte. Mas sólo lo hicieron por un instante. Únicamente ella permaneció sin cambio en mi corazón, en mis pupilas de niño, en

mis mudanzas de hombre, en esta segunda triste infancia de viejo.

Prueba a cerrar los ojos de nuevo. ¿La ves brillar bajo tus párpados? No; la oscuridad ahora está adentro, afuera, en todas partes. Las manchas de la Cruz del Sur cubren la región vacía del cielo. Luz muerta de constelaciones, convertida en carbón, llena las dos bolsas que se hinchan debajo de tus ojos. El brillo suave aunque desigual de las nubeculae convertido en lagaña.

¿No podrás nunca dejar de hablar de ti mismo? ¿Ante quién quieres montar la escena ahora? Estás tratando de no confundir las manchas negras de la Cruz del Sur con las nubes luminosas de Magallanes. Estás hablando de aquellos seres cuyo polo es la noche. Buscas el cielo boreal. Busco a mi Estrella del Norte entre los Sacos de Carbón de la Cruz.

Fragmento de Yo El Supremo de Augusto Roa Bastos